

FERAL

COFFEE MAGAZINE

FCM 001

SANTIAGO / 2026



NOBODY CAME FOR THE COFFEE

WHAT ARE WE ACTUALLY LOOKING FOR WHEN WE ENTER A COFFEE SHOP?

C | UDAD / PERSONAS / HISTORIAS / CAFÉ

VOL. 01

NOTA DEL EDITOR

ADAGIO

SANTIAGO DE CHILE / 29.08.2026

No podía parar. Me costaba reconocerme en esas líneas difusas entre el querer ser y el encontrarme.

Justo al medio estaba el silencio, y me tocó esperar sentado a que pasara medio mundo. Medio mundo, medio día, medio tráfico. Todo MUY instantáneo.

Buscaba centro y lentitud; descubrí el proceso. Quería ese destello ensordecedor y encontré un vacío medio divertido.

Como de costumbre, caminé cerca de tres kilómetros antes de saber qué quería encontrar ese día. No lo supe hasta que ya estaba dentro: Eliodoro Yáñez, pasado Manuel Montt hacia el norte, con los autos avanzando detrás de mí mientras trataba de estacionar la bicicleta.

Entré, saludé, pedí y me senté. No pensé que no volvería a pararme de ahí.

Cada persona importante para mí estaba ahí, como un suspiro eterno de Ipan. Pude irme a negro sin culpa, imaginando cada conversación que me hubiese encantado tener. Había tanto que decir, tanto que escuchar.

Justo cuando comenzaba a descifrar la primera conversación, el amigo me dice:

- YA ESTÁ LISTO EL PINK BOURBON.

ENTENDÍ LO QUE ERA FRENAR.

io
parar, me cost
sas líneas di
y el encuentras
estaba el en
sentado a ge
do. Hicimos mu
buro. Todo m

no y lentitud y el
buscaba centro
y encontré un vac

be, caminé cerca
de saber qué
día. Eliodoro
al norte de p
re, saludé,
pensé que no
a parar de slu

COMANDA 001

TEXTO / LC

CORAZÓN

Lo importante era que mi papá estaba ahí.

BELLAVISTA / PEÑAFLORES / SANTIAGO
CAFÉ DE VERDAD / CAFÉ EN POLVO / FRAPUCCINO

En Bellavista hay un Starbucks. Claro que en cada esquina posible de Santiago, especialmente la zona centro alta, tirada a Providencia y Las Condes, hay un Starbucks, pero yo he disfrutado de forma particular cada uno de ellos. El aroma a café y a dulce, algo no tan cargado. Mi ex pareja solía decir que no era café de verdad y que no sabía cómo yo lo disfrutaba tanto -claro que él tomaba café brasileño- pero nunca se trató de lo que yo pudiera estar bebiendo.

Mi papá, las pocas veces que nos juntábamos después del colegio, jamás llegaba a las puertas del María, sino que, como adulto al que jugaba a ser, nos reuníamos en el Starbucks de Bellavista a conversar. Siempre se trataban de conversaciones, y yo jamás me pedía “café de verdad”, un simple frapuccino de frutilla, y hablábamos por horas, y, como niño grande que era, me iba solo a mi casa -mis papás estaban separándose-. Así el Starbucks se volvió, lentamente, parte de mi rutina. A veces ni siquiera necesitábamos tener dinero, sólo nos sentábamos ahí y teníamos conversaciones profundas e introspectivas, a veces serias, a veces eran cambios en nuestras vidas, pero siempre acompañado del olor del café, de las máquinas trabajando detrás del mesón y de ese murmullo constante de personas que iban y venían sin saber que, para nosotros, aquellas tardes parecían durar mucho más que el resto del día.

Con el tiempo entendí que nunca había sido particularmente importante lo que tomábamos. Podía haber sido un café, un frapuccino, un vaso de agua o incluso nada. Lo importante era que mi papá estaba ahí. Estaba sentado frente a mí, intentando encontrar alguna forma de ser mi papá mientras su propia vida comenzaba a desarmarse. Yo tampoco sabía muy bien qué hacer con aquello. Era un niño intentando comportarse como adulto y él era un adulto intentando no parecer perdido. Supongo que por eso funcionaba.

Años después seguí entrando a Starbucks. En Bellavista, en Providencia, en el MUT, en Las Condes, en cualquier parte de Santiago donde apareciera uno de esos locales con el mismo olor, las mismas luces y, de alguna manera, la misma promesa de sentarse un rato. Siempre había algo familiar en ello. Pedía algo dulce y me sentaba a mirar por la ventana. Afuera Santiago seguía haciendo lo que Santiago hace: micros, bocinas, gente caminando rápido, vendedores, edificios, humo, conversaciones que se perdían entre una esquina y otra. Adentro, en cambio, parecía que el tiempo podía detenerse un poco.

LO IMPORTANTE ERA QUE MI PAPÁ ESTABA AHÍ



Supongo que mi relación con el café comenzó mucho antes, aunque durante mucho tiempo no lo entendí así. En Peñaflor, el café no tenía nada que ver con Santiago ni con los vasos altos de Starbucks. El café estaba en la cocina de mi familia, en las mañanas, en las visitas, en las conversaciones que ocurrían mientras alguien preparaba algo para comer. Mi tía siempre ha tomado café en polvo. El mismo café, o uno bastante parecido, que mi papá insiste en que no es café de verdad. Lo dice con una seguridad que me parece particularmente graciosa considerando que su esposa toma exactamente lo mismo. Nunca he entendido muy bien qué convierte a un café en café de verdad. Supongo que debe tener que ver con cuánto esfuerzo hay detrás, con la forma de prepararlo, con el olor que queda en la casa o quizás simplemente con la posibilidad de sentirse un poco más experto que el resto.

Con los años, mi papá comenzó a tomarse el café mucho más en serio. Aprendió a prepararlo de distintas maneras, a distinguir sabores, a preocuparse por las máquinas y por los granos. Lo que antes podía ser simplemente una taza terminó convirtiéndose en una pequeña pasión. Después mi hermano comenzó a interesarse también. Era extraño ver cómo algo tan sencillo se iba transmitiendo entre nosotros sin que nadie se sentara a enseñarlo formalmente. Mi papá preparaba café, mi hermano aprendía y yo miraba. Quizá por eso terminé queriendo aprender también, aunque mi aproximación fue bastante distinta.

Yo quería trabajar en Starbucks. Quería saber cómo se hacían todas esas cosas que aparecían detrás del mesón. Quería aprender a preparar los cafés, saber qué tenía cada bebida, entender las máquinas, memorizar los nombres absurdamente largos de algunas preparaciones y, sobre todo, dejar de ser la persona que se sentaba al otro lado del mesón para convertirme, aunque fuera por unas horas, en alguien que sabía exactamente qué estaba haciendo. Había algo fascinante en observar a los trabajadores moverse con tanta rapidez, como si existiera una coreografía secreta que todos conocían menos yo.

Starbucks también comenzó a aparecer en mis viajes. O, más específicamente, en mis regresos. El Starbucks del aeropuerto tenía algo especial, aunque probablemente no fuera distinto a cualquier otro. Quizá era solamente el cansancio del viaje, las maletas, el ruido de los aviones y esa sensación extraña de estar nuevamente en Chile. Siempre que volvía de algún lugar terminaba pasando por ahí. A veces ni siquiera tenía tanta hambre ni ganas de tomar café. Era una parada. Un ritual. Una manera de decirme que ya había vuelto.



Y también, sin darme cuenta, terminé llevando a todas mis parejas a algún Starbucks. No sé por qué. Nunca fue una decisión consciente. No había una tradición familiar detrás de ello, ni un significado romántico particular. Simplemente ocurría. Una cita, una conversación, una caminata y, en algún momento, terminábamos sentados frente a frente con dos vasos sobre la mesa. Quizá Starbucks se había convertido en una especie de territorio conocido para mí. Un lugar donde sabía cómo sentarme, qué pedir, dónde mirar, qué hacer con las manos. Había aprendido a encontrar cierta seguridad en aquellos espacios.

Hasta que llegó ella.

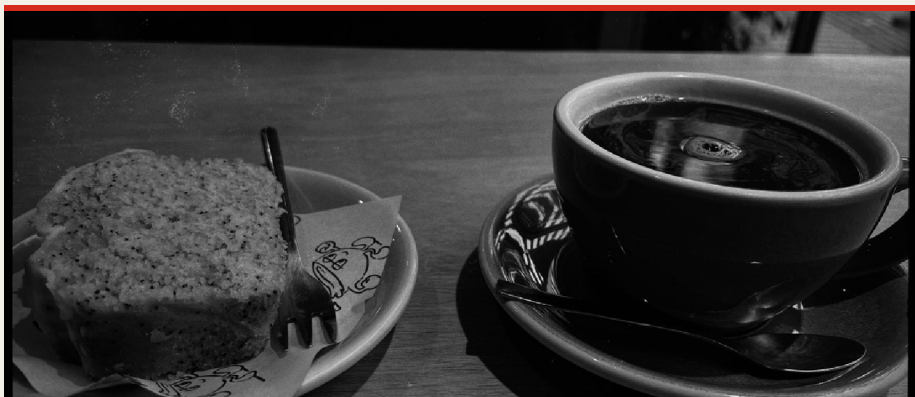
Fuimos a un Starbucks juntos y ocurrió una cosa ridícula, casi insignificante: pedí un frapuccino diferente.

Ni siquiera recuerdo exactamente por qué. Quizá quería probar algo nuevo. Quizá simplemente estaba cansado de pedir siempre lo mismo y no me había dado cuenta hasta ese momento. Lo cierto es que ahí estaba, frente al mesón, diciendo un nombre diferente al que había repetido tantas veces antes, mientras ella esperaba cerca, con esa sonrisa nerviosa que no sabía esconder.

Después nos sentamos. Ella comenzó a hablar. Hablaba de algo que le apasionaba, no recuerdo si de manera ordenada o si simplemente iba saltando de una idea a otra, pero sí recuerdo la forma en que lo hacía. Esa manera de iluminarse un poco cuando encontraba una palabra que le gustaba. La emoción con la que explicaba algo que para ella era importante. La sonrisa nerviosa que aparecía de vez en cuando, como si todavía no supiera muy bien qué hacer conmigo. Yo la miraba y tomaba un sorbo de mi frapuccino diferente.

Y pensé que quizás eso era el café para mí.

No el café de verdad de mi papá. No el café en polvo de mi tía. No el café que mi hermano aprendía a preparar ni el que yo alguna vez quise aprender a hacer detrás de un mesón. Tampoco era el café del aeropuerto, ni el de Bellavista, ni el de las tardes en que mi papá y yo intentábamos conversar mientras que con mi mamá se separaban. Era simplemente esto: sentarse frente a alguien y compartir algo mientras afuera la ciudad seguía pasando.



Quizá por eso sigo entrando a Starbucks. Porque he aprendido que nunca se trató realmente del café.

**Se trataba de quién estaba
sentado al otro lado de la mesa.**

**Y esa tarde, por
primera vez, hasta pedí
algo diferente.**

DIRECCIÓN 01



Caminaba por Miraflores. De frente, en la esquina, está ese mural que siempre te lleva a un lugar seguro.

A TU ESPALDA, TRICICLO.

Es extraño entrar a un lugar y sentir que ya estuviste ahí.

La puerta se abre y todo parece tener historia: las paredes, las plantas, la gente, incluso la taza que todavía no llega.

Entrar ya es una experiencia.

Te sientes seguro.

CAFÉ TRICICLO
SANTO DOMINGO 598

BARRIO BELLAS ARTES
SANTIAGO

Desde las mesas se cruzan murmullos. Pedazos de historias, risas interrumpidas y conversaciones que alcanzas a escuchar justo hasta donde dejan de tener sentido.

Puede que sean interesantes. Puede que no.

PERO DEFINITIVAMENTE SE VEN ASÍ.

Las personas se inclinan hacia el centro de la mesa como si lo que están diciendo no pudiera salir de ahí. Alguien habla. Alguien espera. Otra persona escucha mirando su café.

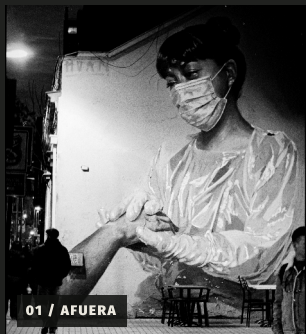
No escucho lo suficiente para saber de qué hablan, pero sí para imaginarlo.

Triciclo está lleno de historias que no conozco.

Tal vez por eso se sienten tan familiares.

MIRAFLORES / SANTO DOMINGO 598

SANTIAGO



FERAL

COFFEE MAGAZINE

FCM 001

COMANDA 002

EL SILLÓN

Un objeto quieto puede recordar
por nosotros.

MAIPÚ / COFFEE CULTURE / SANTIAGO
V60 / CAPPUCCINO / CRUMBLE DE ARÁNDANOS

SANTIAGO / FCM 001 / 2026

En las últimas semanas había estado visitando una cafetería local en un barrio viejo de Maipú, en una esquina de calles inclinadas con vista al Templo Votivo.

Dentro, encontraba libros de varias épocas en casi toda la extensión de la pared que daba al este, juegos de mesa y un piano de pared hacia el norte.

Me parecía un tanto particular cierto sillón que, desde la entrada, apenas se veía. Estaba empotrado contra una pared negra que hacía las veces de pizarra para quienes se atrevieran a dibujar o escribir con tizas.

Algunos nos sentábamos horas a dejar fluir la pluma.

No era inusual verme visitando Coffee Culture aquellos días que salía más temprano del trabajo. Quizás con la esperanza de conocer a alguna persona que, como yo, estuviese buscando lo mismo: una mirada inequívoca, una conversación casual y un desenlace por escribir.

Sin embargo, eso no pasó.

Fuera de aquel local conocí el amor.

Seguí visitando la cafetería con su sillón inmutable. Esta vez, acompañado.

Con un tono medio en broma, pero preocupantemente serio, una de las baristas que hacía las veces de mesera nos desaconsejó sentarnos en el sillón de terciopelo desgastado y oscuro que llamaba mi atención desde siempre.

Incluso desde la barra de café nos decían que cada vez que una pareja elegía sentarse allí, su relación se quebraba irreparablemente.

Cada vez.

Eran ya ocho años de observación del mismo patrón repitiéndose.

Decidimos, entonces, jamás sentarnos ahí.

Ya fuese por cansancio o por la muchedumbre constante, cedimos en alguna ocasión en que el tablero de ajedrez estaba dispuesto en la modesta mesa de centro paralela al sillón.

Probamos un crumble de arándanos. Pedí un filtrado de V60 y ella un cappuccino, en cuya taza flotaba una rosetta hecha con expertiz.

Nos sobraba tiempo, pero se diluía poco a poco la comunicación.

La cuenta, por favor.

Aquellos hábitos y mañas que eran tiernos pasaron a ser molestos con los días. No volvimos a la cafetería, pero hubo cada vez más discusiones.



Seguimos bebiendo café por la tarde, hecho en casa. Nuestros ánimos fueron decayendo cada vez que nos veíamos. Nos habían despojado de la chispa inicial.

Altibajos de cualquier relación, pensé, olvidando aquella advertencia que había sido dada de manera oportuna.

Meses después estoy escribiendo desde este sillón, cuya suavidad logró atraparme; aunque ya no acompañado.

Meses después estoy escribiendo desde este sillón,
cuya suavidad logró atraparme;

aunque ya no acompañado.

**EL SILLÓN
SIGUE AHÍ.**

FELIPE ENCINA, 2023

@AFTERTINIEBLA

FERAL

COFFEE MAGAZINE

FCM 001 / SANTIAGO / 2026

PRIMERA EDICIÓN

ADAGIO

NOTA DEL EDITOR

COMANDA 001

CORAZÓN / LC

DIRECCIONES 001

CAFÉ TRICICLO

COMANDA 002

EL SILLÓN / FELIPE ENCINA

EDICIÓN Y DIRECCIÓN DE ARTE / FERAL

FOTOGRAFÍA / ARCHIVO FERAL

PUBLICACIÓN INDEPENDIENTE / SANTIAGO DE CHILE

WWW.FERALCOFFEEMAGAZINE.CL

FCM 001

FERAL

COFFEE MAGAZINE

CIUDAD / PERSONAS
HISTORIAS / CAFÉ